

EL AMOR DE LA CLAVIRIA

Malena Amaya, la Claviria, se parecía a la Fuensanta de Julio Romero de Torres. Tenía el rostro ovalado, la piel aceitunada y los ojos negros como carbones que al encenderse atizaban los fuegos de la pasión. Eran sus brazos látigos que domeñaban a los hombres y su pelo, un incendio de azabaches en el que placentemente se consumían. Reinaba en el Café de Levante y, cuando clavaba sus tacones en el tablao, despertaba relámpagos que sacudían el ruedo de su vestido, se contoneaban en sus caderas, trepaban por sus pechos y estallaban en su garganta. Su voz, ola embravecida y terciopelo seductor, apuñalaba y, al instante, extendía sobre la herida el bálsamo del amor.

Soñaban los marineros con el jolgorio del Café de Levante y, cuando llegaban a puerto, corrían al tablao, con la paga sin estrenar y dispuestos a gastarse el jornal para curarse las asperezas del salitre. Nada había más placentero que degustar un recio licor, dejarse arrastrar por el duende de la Claviria a los cielos del flamenco y olvidar luego, en los brazos de las meretrices que rondaban por el café, la larga soledad del mar. Al Café de Levante acudían también aristócratas aburridos de sus blasones, empresarios empingorotados que no podían disimular su baja estofa, empleadillos de notaría que se atrevían a soñar un rato con una vida que nunca sería la suya y terratenientes que, en época de feria, se instalaban unos días en la capital para ver los toros, disfrutar de espectáculos frívolos y poder contemplar a mujeres de bandera, vestidas y maquilladas a la manera de París.

La empalagosa mueca de las cabareteras nada tenía que hacer frente a los labios rojos de la Claviria y, por las candelas que ardían en los ojos de la flamenca, se

pagaban insomnios y condenas. No había hombre que se resistiera a los encantos de aquella hembra y, sin embargo, ella, que a su paso levantaba ascuas, tenía el corazón de puro hielo.

Es verdad que tuvo relaciones con un marqués, mujeriego y bebedor, y con un ganadero de toros bravos que quiso retirarla y convertirla en su querida. Y con muchos otros hombres: unos, enamorados y rendidos a sus pies y otros, simples cazadores de bellos trofeos femeninos. Pero la Claviria nunca quiso a ninguno. El amanecer le dejaba las sábanas revueltas, unos cuantos billetes en la mesilla, alguna joya en el cuello y una sensación de vacío en el alma. Coleccionaba amantes y ahorraba para cuando fuera una vieja de carnes flácidas que no pudiera sostenerse en pie sobre el tablado. Dámaso Rodríguez, un viejo y rico armador que se había quedado viudo, le propuso matrimonio hacia un año y ella se lo estaba pensando. No encontraría una oportunidad como aquella ¡Qué necesidad tenía ella de subirse a un escenario y aguantar babosos requiebros y palabras subidas de tono! ¡Qué aliciente podía encontrar en acostarse con unos y con otros por un puñado de monedas y sin que su carne se estremeciera ni por un momento! Mejor, retirarse en lo más alto y aprovechar sus encantos para labrarse un porvenir tranquilo y acomodado. Y le hubiera dicho que sí a don Dámaso si Belisario no se hubiera cruzado en su camino.

La Claviria no se había dado cuenta de lo infeliz que era hasta el día en el que el dueño del Café de Levante, animado por el éxito del negocio, decidió aprovechar el tirón de la artista para duplicar las ganancias. Compró el local contiguo, reformó el establecimiento, amplió el escenario y contrató a Belisario Santos, para que diera la réplica a la gran Malena Amaya.

Cuando la Claviria lo vio, con esa estampa de torero y ese rostro tocado por una sensualidad canalla, sintió que su cuerpo y su pensamiento sucumbían sin remedio a los encantos de aquel macho y supo que no podría acostarse con otros hombres sin sentirse desgraciada.

La sensación de inflamarse en un sentimiento amoroso era nueva para ella, y se presentaba de forma desconcertante y avasalladora, sin que quisiera ni hallara la manera de defenderse. La incitante belleza de Belisario y lo perturbador de aquella voz, que parecía hundirse en las sombras del cante hondo y renacer como surtidor de luz en las *alegrías*, sumían a Malena en un arrobamiento que le impedía comer y conciliar el sueño. Perdió el interés por los clientes, sus galanteos la molestaban terriblemente, y hasta dio calabazas a don Dámaso ¡Cómo iba ella a comprometerse con aquel viejo decrepito cuando allí, en el mismo tablao del Café Levante, disfrutaba, por primera vez en su vida, de las mieles del amor! El empresario, sin embargo, inmune a los desprecios de la Claviria, siguió acudiendo puntualmente cada noche al café a ver el espectáculo. Hecho que sublevaba a la cantaora, que solo tenía ojos para Belisario y aborrecía sentir cargo de conciencia por tener que despreciar a su más ferviente admirador.

Tres meses después, en una de aquellas noches de insomnio en las que la cantaora tramaba planes para acercarse al joven, decidió dedicarse a averiguar dónde vivía Belisario. Buscaría un pretexto para hablar con él a plena luz del día. Lo invitaría a comer a su casa y entablaría una conversación que le permitiera indagar en la vida amorosa del joven. Si notaba que ella le gustaba, le confesaría el amor que la abrasaba e iniciarían una relación que, a poco que ella se esforzara, acabaría en boda.

Al día siguiente, después de la función, tal y como había planeado, siguió al artista hasta su casa, manteniendo la debida distancia para que él no se diera cuenta.

Belisario vivía en una preciosa casa molinera, una de las pocas que quedaba en el barrio mariner, colonizado por edificios de gran altura. El joven encendió la luz. La ventana, sin los cuarterones echados, permitía a Malena indagar cuanto sucedía en su interior. La mujer se apostó en el portal de enfrente, se cobijó en la oscuridad que proyectaban las modernas arquitecturas, se arrebujó en el mantón y se dispuso a espiar los movimientos del joven, a fin de descubrir si vivía solo o compartía su vida con los padres o con una amante.

Belisario nunca hablaba de su privada. Siempre esquivaba las preguntas que ella le hacía. Era reservado en demasía; por lo poco que había dado a entender, parecía que era soltero, aunque de eso la Claviria no estaba segura.

La joven permaneció más de una hora frente a la casa, observando los movimientos que se producían en la ventana. Le pareció que, como ella pensaba, Belisario vivía solo. Las cosas se ponían de su parte. Había visto un mercado cerca. A la mañana siguiente, cogería el capazo y, con la excusa de comprar pescado, rondaría la casa de Belisario y trataría de acercarse a él. Iba a marcharse cuando vio llegar un automóvil y detenerse a la puerta de la casa de Belisario. La Claviria aguzó la mirada y vio salir a una mujer elegantemente vestida, que recorrió los escasos metros que le separaban del coche y subió a la parte trasera del Hispano-Suiza, un automóvil idéntico al que ella podía haber disfrutado si hubiera aceptado la proposición de matrimonio de don Dámaso.

El mundo de ilusiones que había construido durante aquellos meses se le vino abajo de manera estrepitosa. El temor de que Belisario tuviera una querida se materializó de pronto. Probablemente se trataba de una mujer de alto copete, de esas que buscaban aventuras con gente de la farándula para llenar una vida regalada y vacía de

contenido. Le dolía profundamente que Belisario se aviniera a tratos tan humillantes con una mujer que, a buen seguro, lo utilizaba como simple pasatiempo. Mas qué podía decir ella, ella que durante años había aceptado lisonjas y dádivas de hombres por los que no sentía el menor afecto.

Al día siguiente, la Claviria disimuló como buenamente pudo la hinchazón de sus párpados y acudió al Café de Levante; pero no pudo ocultar la tristeza que la embargaba. Cuando se cruzó con Belisario, intentó esbozar una sonrisa, mas solo le salió un gesto de amargura. El cantaor, amable como de costumbre, se sentó a su mesa y se preocupó por lo desmejorado de su aspecto. Ella le dijo que había pasado muy mala noche, que le dolía mucho la cabeza y que una copa de anís calmaría sus nervios. Belisario le sirvió una copa generosa y trató de distraerla contándole sus andanzas en los tablaos de Madrid. Las atenciones, lejos de confortarla, añadieron al pesar que sentía la sensación de que no despertaba pasión alguna en Belisario, solo una suerte de cariño cercano a la amistad y alejado del amor.

Por la noche, cuando acabó la función, presa de celos lo siguió de nuevo. Se había propuesto descubrir quién era la amante del cantaor o si recibía a otras mujeres en su casa. Si tenía que luchar, quería conocer cómo eran sus rivales para poder competir con ellas. Se cobijó en las sombras, como había hecho el día anterior. Belisario había vuelto a olvidar cerrar los cuarterones y ella permaneció atenta a cuanto sucedía detrás de los cristales. A la distancia que estaba, no podía distinguir con nitidez a Belisario; pero sí se dio cuenta de que nunca aparecían dos figuras juntas. Concluyó que el joven estaba solo en casa y, armándose de valor, se encaminó hacia la puerta. Llamaría y diría que le habían dado su dirección en el café. Fingiría estar muy disgustada por un problema laboral, motivo por el que él la había visto tan ojerosa, y esgrimiría su desazón como excusa para visitarlo a horas tan intempestivas.

Echó a andar y, justo cuando estaba frente a la puerta de Belisario, escuchó el motor de un coche. Era el Hispano-Suiza que había visto la noche anterior. De la casa de Belisario salió una mujer. Vista de cerca, la Claviria pudo observar que tenía la esbeltez de un junco y la elegancia de una bailarina. No parecía una vieja hastiada de una vida de lujos, como había pensado la noche anterior, sino una joven atractiva y segura de sus encantos. Sintió cómo el negro mordisco de los celos le roía el alma. La Claviria miró a la cara de la joven. Las facciones eran inconfundibles. Se trataba de Belisario, maquillado y vestido de mujer ¡Maldita burla del destino! Miró luego hacia el interior del coche y se topó con los sorprendidos ojos de don Dámaso.

Echó a correr, como poseída por un demonio, y no paró de hacerlo hasta que llegó a su casa. Lloró durante días y, durante días, no quiso ver a nadie. Cuando se le secaron las lágrimas, regresó al Café de Levante. El dueño, visiblemente aliviado por la vuelta de la Claviria, le dijo que Belisario había encontrado trabajo en Madrid y se había despedido el mismo día que ella enfermó. “Mejor sola que mal acompañada”, dijo la artista.

Don Dámaso no volvió a aparecer por el café y, cuando alguna vez, se cruzaron por la calle, ambos desviaron la mirada, como si fueran dos extraños. Malena sentía pena por el viejo armador, desgraciado en amores como lo era ella misma, y hasta le perdonó que le hubiera propuesto matrimonio para ocultar su verdadera inclinación sexual. El tiempo, que todo lo serena, hizo que Malena recuperara la cordura y empuñara de nuevo los cuchillos del interés económico y la indiferencia, como armas con las que mantenerse a salvo en un mundo que le resultaba hostil y extraño.

A Malena Amaya, la Claviria, se le conocieron muchos amores y ni un querer verdadero. “Por culpa de una traición, cantaba cada noche, no volví a encender nunca la

hoguera en mi corazón". Los que la veían actuar en el tablao del Café de Levante decían que se había despertado en ella un duende negro, como sus ojos. El cante hondo había prendido en ella de una manera especial, como nunca se había visto en los tablaos de la ciudad. Cada noche, brotaba furioso de su zapateado y desgarraba su garganta con *quejíos* de soledad.